

Ciudadanos y consumidores. Comunidad, participación y espacio urbano en el marco postfordista.

Ibán Díaz Parra. *Departamento de Geografía Humana, Universidad de Sevilla. Ibandiaz@us.es*

Abstract

La expansión del capitalismo neoliberal ha supuesto una transformación en el ámbito de la participación del individuo en la esfera pública, de tal forma que el ciudadano adopta una postura cada vez más próxima a la del consumidor. En relación a esto se han producido profundos cambios en las formas de vivir y construir la ciudad. Diversas patologías como la creciente agorafobia urbana, la tendencia a la autoreclusión y a la segregación o la privatización de los espacios públicos, son expresión espacial de estas transformaciones. No obstante, simultáneamente, se desarrollan formas de construir y vivir la ciudad que discuten estas tendencias y que apuestan por valores de solidaridad y comunitarismo. En este sentido la toma de la Plaza Mayor de Sevilla desarrollada en el contexto del movimiento 15M supone un ejemplo paradigmático tanto de las tendencias hegemónicas como contrahegemónicas en las formas de construir y vivir la ciudad

Palabras clave: Agorafobia urbana, postfordismo, ciudadanía, urbanismo, movimiento 15M.

The expansion of neoliberal capitalism has changed the ways of participation in the public scope. Citizenship is being substituted by consumerism. Thus, great transformations are happening in lifestyles and ways of shaping the city. Various pathologies, like the growing urban agoraphobia, the tendency to self-segregation or the privatization of public spaces, show the spatial dimension of these changes. However, confronting these trends and simultaneously, people develop different ways of living and shaping the city based on solidarity and community. The May 15th movement that took over the Main Square in Seville is a paradigmatic example of hegemonic trends as much as of resistances.

Keywords: Urban agoraphobia, post-fordism, citizenship, urbanism, May 15th movement.

Ciudadanos y consumidores. Comunidad, participación y espacio urbano en el marco postfordista

La expansión del capitalismo neoliberal ha supuesto una transformación en el ámbito de la participación del individuo en la esfera pública. La figura del ciudadano y los valores que representa van siendo desplazados por la figura del consumidor y su autonomía como máxima expresión de libertad y participación a medida que se profundiza en la mercantilización de todos los aspectos de la existencia. De esta forma, cuestiones fundamentales como la elección política o la elección del espacio donde residir se convierten en problemas de elección entre marcas ante a la soberanía del consumidor.

Esta cuestión encuentra múltiples y diversas expresiones materiales en la ciudad a través de la transformación o desarrollo de diversos tipos de espacios, en especial en los espacios públicos, pero también en los de corte comunitario. Espacios públicos y comunes son intervenidos y modificados por la mercantilización y el efecto de la agorafobia urbana, reproduciendo los valores hegemónicos en la coyuntura actual. Esta forma de construir el espacio urbano no solo es responsabilidad del gran capital o de una administración local indiferente hacia sus gobernados, sino que el consumidor medio contribuye a ella activamente.

Sin embargo, al mismo tiempo se desarrollan propuestas contra-hegemónicas fundamentadas en principios socializantes que encuentran su expresión espacial en la creación de lugares de distinto tipo: recuperación de espacios públicos, creación de nuevos tipos de espacios comunes o colectivización de espacios privados. Fuerzas minoritarias pero vivas que representan valores universales de comunidad, solidaridad y cooperación y que buscan la forma de desarrollarse espacialmente en la ciudad contemporánea.

Como posible ejemplo de estos procesos, la ciudad de Sevilla ha sufrido un auténtico holocausto de sus espacios públicos por medio de la proliferación de comunidades cerradas y la deconstrucción y privatización de plazas, algo que acompaña a la decadencia de las relaciones comunitarias y al auge del individualismo consumista. En el otro lado, en la última década, la ciudad se ha convertido también en un ejemplo en cuanto a socialización de espacios con numerosas e interesantes iniciativas, como son los centros sociales o los huertos urbanos ocupados. En este sentido la reciente toma de la Plaza Mayor o Plaza del 15 de Mayo puede ser un ejemplo paradigmático de la confrontación entre estas diferentes formas de concebir el espacio, la comunidad y la participación.

El paso del ciudadano al consumidor

El cambio en la estructura económica y política

La sociedad occidental y opulenta ha conseguido proporcionar ciertos grados de libertad y de participación entre su población. No obstante es necesario plantearse si estos grados de libertad y participación, de ciudadanía, se están incrementando o se están reduciendo. La idea principal de esta exposición es que la ciudadanía como forma de pertenencia y participación en una comunidad con cierto grado de soberanía, está progresivamente devaluada y en clara decadencia por las transformaciones económicas y políticas que acontecen en el presente contexto.

El marco actual de crisis sitúa la sociedad cerca del final de un largo periodo de reajuste y transformación del sistema económico capitalista y que ha tenido como resultado un fuerte cambio cultural y una transformación de los marcos políticos e ideológicos en los que se desenvuelve la vida social.

Es común ubicar la fecha del fin del sistema fordista-keynesiano en la década de los setenta y en relación a las crisis consecutivas que acontecieron durante dicho periodo. El fin de un sistema fundamentado en un pacto social restringido a los marcos estatales occidentales que aseguraba incrementos en la productividad industrial, un importante mercado interno de consumidores y paz social (Lipietz 1986). Un contexto óptimo para el desarrollo de un cierto tipo de democracia liberal que podía permitirse grados progresivos de participación y bienestar.

El largo periodo de transformación hacia un modo de acumulación flexible y una política económica progresivamente neoliberal comienza con las quiebras de Nueva York y Reino Unido y el ascenso al poder de Ronald Reagan y Margaret Thatcher (Harvey 2007). La reestructuración económica hacia una economía basada en el sector terciario y fuertemente financiarizada ha venido acompañada por la desregularización y la pauperización de lo público, un proceso que aunque dilatado en el tiempo parece estar llegando a su cenit con los ataques a los últimos resquicios del estado del bienestar europeo en el contexto de la última crisis estructural del capitalismo.

Estas transformaciones han supuesto un proceso con un claro componente de clase. Las reformas neoliberales han sido desarrolladas para beneficio de las elites económicas y en especial del capital financiero y contra las clases bajas, más dependientes de lo público, y las organizaciones de un movimiento obrero occidental, con un fuerte peso de ideas socialdemócratas, que prácticamente se ha descompuesto en el proceso. No obstante, las consecuencias van incluso más allá, y han supuesto una importante transformación cultural que ha pasado por el desmantelamiento de las relaciones comunitarias tradicionales y ha requerido una fuerte transformación en los modos de hacer política que erosiona el propio concepto de ciudadanía.

El ciudadano consumidor

A finales de la década de los ochenta David Harvey (2004) relacionaba las profundas transformaciones en el tránsito del fordismo al postfordismo con el cambio cultural hacia la postmodernidad. Una flexibilidad posmodernista dominada por la ficción, el capital financiero, los mercados laborales precarios y los nichos de consumo. Una cultura progresivamente individualista que fomenta una diferencia expresada a través del consumo. Así, en el contexto de la acumulación flexible, la cultura y las formas de vida urbana se han tematizado. La explotación del capital cultural ha ido ganando peso progresivamente dentro de la estructuración de la ciudad y de sectores urbanos concretos, la compra y consumo de mercancía se ha convertido en una actividad crecientemente mediada por imágenes culturales difusas y se ha podido apreciar una tendencia a la estilización de la vida por parte de las clases medias (Featherstone 2000).

Cada vez más, el ciudadano se hace valer fundamentalmente como consumidor. De esta forma, la participación política se convierte en la práctica de seleccionar entre una serie de bienes, sin cuestionamiento ni compromiso en la creación de dicho bien. Problemáticas como la calidad ambiental, la seguridad y la libertad no son concebidas como cualidades urbanas sino como mercancías. Unas mercancías a las que se acceden no a través de la acción social y la participación ciudadana sino a través de los derechos del consumidor. La redefinición de la ciudadanía como una actividad de consumo supone un cambio en la percepción de los valores detrás de las instituciones sociales, de tal manera que supone la práctica eliminación de la idea de bien público. Así, se impone gradualmente el privilegio del consumidor sobre el bienestar común (Christopherson 2000).

Consecuencias sobre el espacio urbano

La hegemonía neoliberal y el auge del ciudadano-consumidor implican un progresivo desprecio hacia lo público. El nuevo espacio construido refleja así las características de la ideología predominante y de la nueva cultura urbana.

El desprecio hacia lo público y el aislamiento de la población cambia la función los espacios públicos. Así, su principal función deja de ser el encuentro y se aleja cada vez más del ágora como espacio de debate y expresión de la soberanía de los ciudadanos. Por el contrario, el espacio público pasa a ser gestionado cada vez más para fines privados. Espacios designados como públicos pero controlados privadamente y gestionados para el propósito más elevado de la nueva sociedad, esto es, la estimulación del consumo. (Christopherson 2000, p. 416). De esta forma encontramos la primera fuerza modeladora del nuevo espacio urbano, la privatización y mercantilización del espacio.

Po otro lado, la consecuencia de una cultura urbana individualista, donde el valor del individuo se basa en su capacidad de consumo y donde se fomenta la fragmentación en nichos de

consumidores es el auge de la agorafobia, que conlleva construcción de la llamada ciudad fortaleza. Dan cuenta de ella la introducción de sistemas de videovigilancia en las calles, espacios privados o en los aeropuertos para viajes de negocios, en la prominencia de vallas y otros elementos de mobiliario y en la emergencia de comunidades cerradas como la fórmula residencial que más crece (Davis 2001 y 2003). El ciudadano-consumidor tiende a generar comunidades homogéneas socialmente y a protegerse de un espacio público del que se desconfía y donde amenaza el encuentro con *el otro* cada vez más lejano y diferenciado.

Una geografía del miedo

La mercantilización y la agorafobia moldean un tipo de ciudad que se separa cada vez más de la participación y de lo público. Existen toda una serie de elementos que reflejan un incremento alarmante la fetichización, el individualismo y el miedo en nuestra sociedad.

La fetichización y el disciplinamiento de los espacios históricos

Dos desempeños fundamentales condicionan las características particulares de los espacios de control en el centro urbano, el comercio y el turismo. Funciones que le son dadas por contener, en una generalidad de casos, el centro comercial original de la ciudad y, en el caso mediterráneo o europeo, la carga identitaria y patrimonial, expresada en sus centros y conjuntos históricos.

Aquí, el espacio se transforma en soporte de actividades comerciales, al mismo tiempo que mercancía en sí misma. El carácter histórico y la vida y acontecimientos fosilizados en las características de este tipo de espacio, le otorgan una identidad y una especificidad únicas dentro del conjunto urbano que lo identifica con la ciudad en sí misma. El espacio público se torna así en un espacio consumible a través del paseo y la fotografía, dirigido a un determinado consumidor, generalmente ajeno a la ciudad y que tiende a conformarse con escenificaciones preconcebidas de la vida de la misma. El espacio abierto es museo al aire libre en el que la persona se convierte en espectador y consumidor con un cierto gusto.

Los beneficios del montaje se recogen a través de la invasión del espacio por parte de veladores y escaparates que se integran en el paisaje histórico y otorgan sentido a su existencia y a su tratamiento. Espacios que tienden a ser duros, pero bien equipados y tratados. Aquí, la gestión de la seguridad puede permitirse un espacio público con bancos y sin cerramientos, en la medida en que es una exigencia de la propia escenificación que convierte el espacio público histórico en una mercancía exitosa capaz de atraer consumidores a la ciudad. Esto no elimina la necesidad de control, y este requiere una inversión infinitamente mayor que en el espacio público periférico. La protección de la actividad comercial y del consumidor foráneo de ciudad es una prioridad lógica para los gestores de la ciudad. De esta forma la seguridad pública se vuelca en el centro urbano, con una presencia constante y reconfortante, al mismo tiempo que se multiplican los dispositivos de vigilancia a través de cámaras. Esto da lugar a un espacio de control amable y agradable estéticamente, en el que la vigilancia se oculta en la medida de lo posible a los ojos del paseante. En estos espacios, los instrumentos de control y vigilancia se integran como un elemento más del paisaje, banales, asumidos como si se tratase de cualquier otro equipamiento o mobiliario necesario para el desarrollo de la vida pública. De esta forma las cámaras se hacen tan familiares como las farolas, y mucho más que los bancos, contra los que a menudo la sociedad descarga la ira generada por el miedo.

Frente a esto, ante la existencia común, más en el pasado reciente, de grandes bolsas de pobreza y degradación en los centros urbanos de las ciudades, el disciplinamiento del espacio se convierte en un proceso fundamental. El caso de la Alameda de Hércules en Sevilla resulta sin duda un caso paradigmático de espacio disciplinado. Antiguo barrio chino, punto de menudeo de drogas y principal enclave de prostitución todavía en la década de los ochenta, este viejo boulevard se encontraba rodeado de un amplio espacio residencial donde predominaba una población envejecida y empobrecida habitando viviendas colectivas en régimen de alquiler. La innegable potencialidad del lugar como enclave histórico de la ciudad y principal espacio libre del centro urbano incentivó un intenso proceso de transformación fomentado desde lo público pero donde el mercado privado tuvo mucho que decir. Durante la

década de los noventa la intervención sobre el sector, incluida la apertura de nuevas vías, desarrollo de edificios emblemas y ayudas a la rehabilitación se acompañó con un intenso acoso policial al lumpen local que incluyó el cierre de los prostíbulos y de bares asociados al menudeo de drogas, desalojo y tapiado de edificaciones ocupadas de forma irregular y redadas continuas en el espacio público, que culminaría con la eliminación del conocido mercadillo de la Alameda a principios del siglo XXI y con el establecimiento de una comisaría de policía nacional en la propia plaza. El resultado final fue que el viejo espacio del lumpen y de la clase obrera envejecida, de las tascas y las viviendas colectivas, fue sustituido por un enclave de bares de moda y apartamentos para la burguesía bohemia de la ciudad, donde la falsificación historicista, el fetichismo del aura del lugar (eliminada por la propia intervención) y la mercantilización del espacio público campan a sus anchas (Díaz 2009).



Fig. 1: Calle Relator. Entorno de la Alameda de Hércules.

Pie de foto: La figura 1 representa una vieja edificación colectiva a principios de la década de los noventa, actualmente rehabilitada y transformada en residencia unifamiliar flanqueado por cámaras de videovigilancia, resumiendo el proceso que ha acontecido en muchos de los inmuebles de la zona.

Fte: Elaboración propia.

En este tipo de espacios el proceso de disciplinamiento se emplea con la finalidad de hacer entrar estos clásicos elementos del tejido urbano en la categoría anteriormente comentada de espacio comercial-histórico. Para ello se emplean tácticas haussmannianas: operaciones de desventramiento, rehabilitaciones o nuevas construcciones emblemáticas, constantes redadas o establecimiento en puntos estratégicos de acuartelamientos para las fuerzas de orden público. La táctica a seguir es la eliminación progresiva del viejo espacio y la creación de uno nuevo controlado. Un proceso de destrucción creativa en el que las clases medias y ciertos grupos culturales tienden a participar alegre y activamente.

Viejas y nuevas periferias

Por su parte, en el espacio periférico, con una función netamente residencial es donde la paranoia y la agorafobia urbana se desatan libremente. Los espacios de la vieja periferia obrera de las ciudades occidentales han sido desde sus orígenes, generalmente, zonas escasamente

dotadas respecto de espacios libres, y los espacios públicos a los que han dado lugar han sido a menudo disfuncionales y extremadamente vulnerables. Espacios duros, escasamente equipados y raquíuticos en sus dimensiones, que han padecido las variadas expresiones de las contradicciones sociales de la ciudad, la marginación, el menudeo de droga, el vandalismo, etcétera. Aquí, el pánico hacia lo público se concreta en un proceso destructivo, en la medida en que las intervenciones se dirigen a la eliminación del espacio utilizable libremente. La vasta extensión de la periferia obrera desarrollista y la imposibilidad de convertirla en un espacio rentable hacen inviable la aplicación de sistemas de vigilancia a través de cámaras o la presencia policial constante que sí puede encontrarse en los espacios centrales. Las tácticas que deben implementarse son otras.

Indudablemente este proceso, en la vieja periferia obrera, se encuentra fuertemente vinculado al propio envejecimiento de la población que impone una gerontocracia de facto. Sin embargo, cuando estos barrios se ven rejuvenecidos por la atracción de población inmigrante el proceso no hace sino acelerarse. El miedo a los jóvenes se extiende al miedo al inmigrante y la demanda de seguridad se dispara. El distrito Macarena de Sevilla (Salinas et al 2011) es un ejemplo inmejorable de este tipo de sectores. Vieja periferia obrera envejecida que ha soportado la mayor entrada de población inmigrante extranjera en la última década, es difícil hoy encontrar en este extenso conjunto de barriadas un solo banco o un solo espacio libre, por diminuto que este fuera, que no esté rodeado por vallas. Supone este un auténtico ejército de reserva de lugares para la ciudad.

Aquí, la demanda social se ha dirigido a la limitación del uso de un espacio que es percibido como peligroso. La concentración de usuarios, generalmente jóvenes y o inmigrantes extranjeros, se percibe como una amenaza inadmisibles y se reclama una intervención dirigida a restringir su uso. Esta restricción ha pasado por la supresión de cualquier tipo de mobiliario que pudiese hacerlo habitable o apetecible, comenzando por la supresión de bancos, fuentes, etcétera. Se han multiplicado los cerramientos destinados a impedir el libre tránsito, deslindando el espacio y adscribiéndolo a horarios de apertura y cierre. Esto se ve complementado por la presencia policial esporádica y las razias sobre los jóvenes protocriminales. Aquí, iniciativas en principio interesantes y enfocadas a fomentar la acción ciudadana, como los presupuestos participativos, han adquirido un giro perverso, sirviendo precisamente a la demanda de eliminación de los espacios de ejercicio la ciudadanía. Cuando la demanda no ha sido satisfecha por los gestores de la ciudad, los vecinos han tomado la acción en primera persona organizando patrullas ciudadanas o eliminando a través de la acción en primera persona el odiado mobiliario urbano.

Por su parte, los nuevos espacios residenciales de la periferia se encuentran mucho mejor equipados para satisfacer la demanda de control y privacidad. De esta forma, la nueva promoción residencial por excelencia es el barrio o la urbanización cerrada, que es a su vez expresión máxima de la arquitectura del miedo. Este hábitat se introduce en la ciudad a través de promociones de bloques de viviendas en manzana cerrada que contienen en su interior las dotaciones y los espacios libres necesarios para satisfacer la demanda cotidiana. Una fórmula residencial que no se circunscribe a las clases medias, llegando incluso a grupos sociales menos favorecidos a través de las nuevas promociones subvencionadas por capital público que adoptan también esta forma.

A través de la urbanización cerrada, las familias se protegen a ellas y a sus propiedades del mundo exterior. El mayor control sobre el espacio aquí implica mayor aislamiento. Depende de la cantidad de ingresos disponibles para gastar en una vivienda, por lo que se tiende a la creación de guetos sociales. El resultado son espacios homogéneos social y culturalmente que autogestionan su mayor o menor riqueza colectiva y la defienden de otros.

Algunas de estas intervenciones tienen resultados paradójicos como las desarrolladas sobre el entorno de Santa Justa. Aquí, el espacio liberado por la reforma del trazado del ferrocarril en la década de los noventa sirvió fundamentalmente para realizar operaciones altamente especulativas de carácter residencial. Los viejos barrios obreros ubicados al oeste de las vías del ferrocarril, infradotados y sin apenas dotaciones, vieron como los solares que podían haber sido utilizados para acoger dotaciones y espacios libres se cubrieron de urbanizaciones cerradas para grupos pudientes, aprovechando la nueva centralidad adquirida por el espacio tras la construcción de la estación de Santa Justa (Díaz 2010a). Así, el sector se llenó de parques, bancos, espacios de recreo e instalaciones deportivas, todas ellas en el interior de las nuevas promociones residenciales, protegidas por rejas, cámaras de seguridad y carteles

amenazantes que anuncian el carácter privativo de las instalaciones. Como colofón, a menudo, viejas y nuevas promociones se encuentran anexas, de tal forma que los vecinos de los viejos barrios obreros infradotados de tipo polígono pueden contemplar el uso recreativo de los espacios comunitarios de las nuevas promociones de clase media (ver figura 2).



Fig. 2: Entorno de Santa Justa.

Fte: Elaboración propia.

Sin embargo, el espacio público postmoderno por excelencia, el espacio de mezcla y contagio social, de encuentro, de paseo, es sin duda la gran superficie comercial. Espacio social producido específicamente para una sociedad asustada. Sociabilidad que gira exclusivamente en torno al consumo y al ocio destinados a la producción de beneficios, todo bajo una férrea vigilancia en un espacio aparentemente bajo control. Lo privado y lo público se confunden en grandes laberintos cubiertos de tiendas diseñados para incentivar el consumo. En esta emergencia de la gran superficie frente a la plaza es donde mejor se refleja el tránsito del ciudadano al consumidor. En ellos el paseante puede cubrir todas las necesidades fuera de su espacio privado y de su espacio de trabajo. La alimentación, el ocio, el avituallamiento y, de forma colateral, la sociabilidad, son integradas a través de un solo no-lugar.

Nuevos espacios comunes

Como aventuraba Marcuse hace ya mucho tiempo, en una sociedad enferma la salud mental depende de la capacidad de vivir como contestatario, de llevar una vida inadaptada (Marcuse 1971). En este sentido, frente a la destrucción del espacio público hay quien se empeña en transformar edificios y solares privados y abandonados en espacios colectivos. El derecho a la ciudad no es sólo el derecho a lo existente, y mucho menos a aquello de lo que se ha desposeído a la población; es el derecho a crear y recrear la ciudad a partir de nuestros anhelos más profundos (Lefebvre 1973) sin que deba esto estar condicionado a la existencia de un nivel de ingresos o a la aceptación sumisa del espacio controlado y regulado por las instituciones. Frente a la privatización y aniquilación de lo público pudiera proponerse la apropiación colectiva de los espacios sin uso, fruto de la sobreproducción de la mercancía vivienda, de la especulación con el suelo urbano, de la acción descontrolada de la agorafobia o de la inhibición del agente público. «Espacios comunes» donde poder crear zonas temporalmente autónomas del control y la organización vertical. Espacios no privados en su uso, que escapan al control de la gestión pública vertical y orientada a su conversión en mercancía lugar. Espacios heterogéneos social y culturalmente, lo que implica una diversidad de usos, que permiten la creación y la consolidación de comunidad.

En Sevilla han sido numerosas las experiencias en este sentido desarrolladas durante la última década. La fórmula de ocupar espacios abandonados para generar espacios sociales ha permitido la generación de lugares para la construcción colectiva política y cultural, teniendo un cierto impacto en la ciudad. Se trata de una crítica hacia la ciudad construida en base al objetivo de la acumulación de capital y una inversión forzada de las tendencias a la privatización de lo público. Así, la primera década del siglo XXI en Sevilla, ha visto nacer espacios sociales de gran potencialidad, como el Centro Vecinal del Pumarejo, donde la alianza entre los viejos vecinos de un sector en proceso de gentrificación del centro histórico y jóvenes politizados ha permitido salvar esta vivienda colectiva de transformarse en un hotel de lujo, convirtiéndolo en centro social de referencia a nivel de la ciudad y apropiado en mucha mayor medida que la mayoría de los avaros centros cívicos gestionados por la administración local. Otros experimentos desarrollados por jóvenes fueron el CSOA Casas Viejas, también en el entorno del centro histórico de la ciudad, o el CSOA Sin Nombre, en el barrio de San Bernardo, donde se reeditó la alianza entre jóvenes inquietos y viejos vecinos amenazados de desalojo por la revalorización de su entorno residencial. Por su parte, los varios huertos urbanos que han nacido en la ciudad en la última década suponen además una declaración en favor de un tipo de ciudad y una forma de vivir lo urbano más sana además de no mediada por el intercambio de mercancías. Espacios que son creados directamente por los vecinos, en algunos casos a través de la ocupación de espacios públicos o privados como es el caso de El Huerto del Rey Moro o de los huertos del Parque del Tamarguillo, encontrando generalmente el desdén cuando no la oposición frontal de la miope corporación local (Díaz 2010b).

Frente a los espacios banalizados, controlados y estandarizados, estos nuevos espacios comunes son fruto de la creación del conjunto de los individuos; rigiéndose por criterios de necesidad y deseo frente a los de demanda solvente, y de consenso entre individuos y colectivos frente al control vertical y la represión. Lugares con potencial para escapar del discurso hegemónico individualista que el capital impone en la mercancía-lugar, donde la lógica del beneficio determina su configuración y el acceso desigual a los recursos selecciona al usuario. La ausencia de diseño comercial y de estandarización globalizadora les permite por lo tanto escapar de la homogeneización y les otorga la ventaja de generar una especificidad y una personalidad que desafía a la destrucción de la identidad que supone la explotación de las rentas de los lugares anteriormente vivos.

La plaza del 15 de Mayo como paradigma contrahegemónico

De los numerosos proyectos arquitectónicos faraónicos que se han desarrollado en la última década en Sevilla, el que mejor expresa este conflicto entre las tendencias hegemónicas y resistencias contra-hegemónicas mencionadas es sin duda el Metropol Parasol. Una construcción desvinculada de su entorno, con espectacular desdén por la funcionalidad; un monumento a la simulación y a lo falso que podría situarse en cualquier punto del planeta y, sobre todo, una enorme y cara mercancía-lugar producida desde su planteamiento con el objetivo de ser revendida una y otra vez.

Su diseñador propuso un enorme centro urbano en la Plaza de la Encarnación desvinculándose por completo del entorno histórico, que el Ayuntamiento aprovechó para construir un postmoderno centro comercial donde antes había un mercado de larga tradición. Un edificio que aporta al paisaje urbano histórico una plaza elevada y unos enormes parasoles de 30 metros en estructura de hormigón con revestimiento de madera popularmente conocidos como setas.

El mercado original contaba con más de 450 puestos, mientras que el nuevo proyecto los ha dejado en un centro comercial de 40 tiendas, mientras convierte a los comerciantes, muchos antiguos propietarios, en arrendatarios de la empresa concesionaria. La plaza pública se ubica por encima de la rasante de la calle, de difícil accesibilidad, pensada para eventos y privatizable por el concesionario a voluntad. Contando con un servicio de mantenimiento y seguridad privada, el nuevo espacio público se revela en realidad como un espacio abierto privado (ver figura 3).

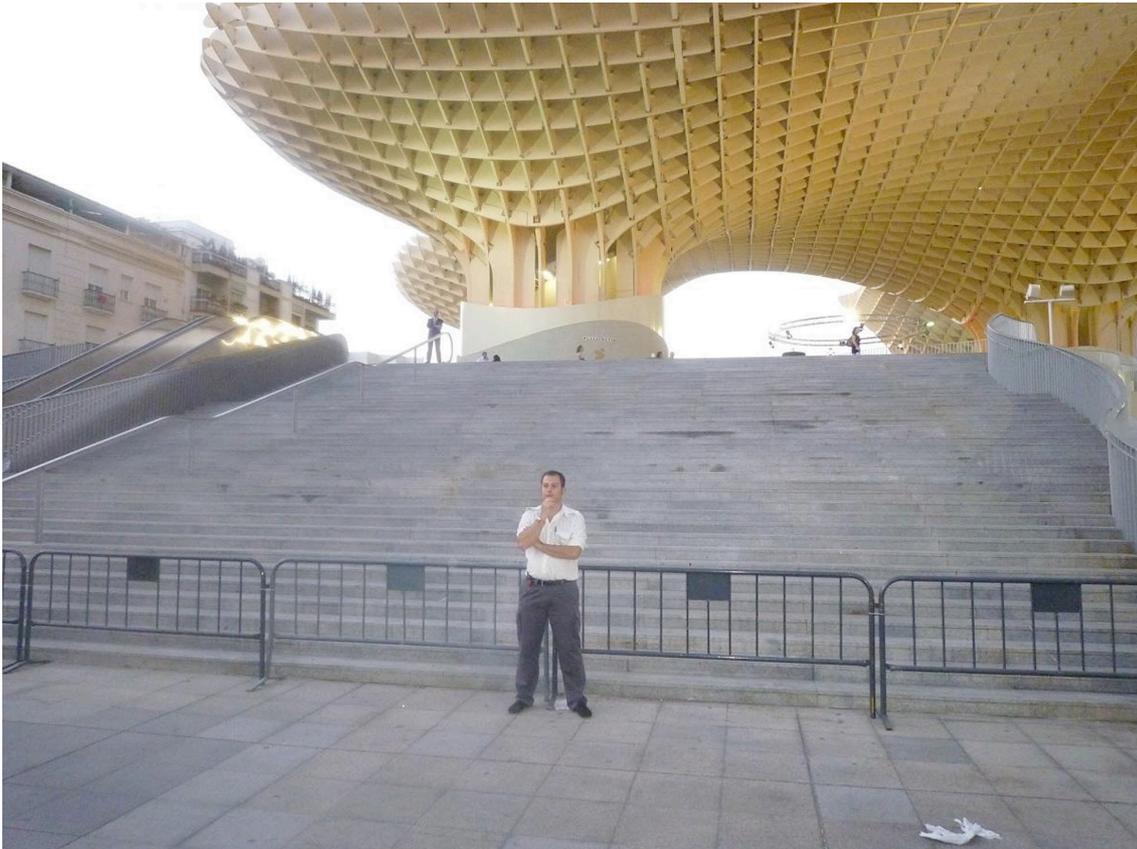


Fig. 3: La plaza Mayor de Sevilla cerrada para fines privados.

Fte: José Candón.

El viejo mercado resulta así en una cuestión de mercado con mayúsculas. Un centro comercial, una plaza privatizable y un mirador que se convierte en restaurante, dan idea de la distancia recorrida entre el discurso y la materialización final de un proyecto que es el ejemplo perfecto de mercancía-lugar. Un espacio con carácter y personalidad, apropiable y vivible a cambio de un precio prefijado.

Ante el despilfarro público para el beneficio privado que ha supuesto el proyecto, la inauguración del mismo fue empañada por varias protestas organizadas por la coordinadora de entidades vecinales Barrios en Lucha. Lo que nadie se esperaba era lo que iba a suceder al poco de su inauguración.

Las multitudinarias manifestaciones del 15 de mayo de 2011 que recorrieron la geografía del Estado español pidiendo una "democracia real ya" culminaron con la ocupación de varios espacios públicos donde se instalaron campamentos espontáneos, liderados por la acampada de Sol en Madrid. En Sevilla se eligió precisamente la nueva plaza incluida dentro del proyecto Metropol Parasol y bautizada como Plaza Mayor.

Una de las primeras acciones que llevó a cabo la multitud que el espacio fue renombrarlo y convertirla en la plaza del 15 de Mayo (ver figura 4). De esta forma, al nombrarla, la gente reivindicaba el control sobre ese lugar y se lo arrebató tanto al ayuntamiento como a Sacyr, la empresa concesionaria, dando lugar a un espacio temporalmente autónomo, un espacio común y autogestionado.



Figura 4. Plaza del 15 M.

Fte: estrecho.indymedia.org

La creatividad desbordante de esos días dio lugar a la modificación estética y funcional del lugar. Convertido en campamento, junto a las setas crecieron bibliotecas, puntos de información, tiendas de campaña y salas de internet. La plaza dura se llenó de carne y de ideas y se transformó en un ágora, en un espacio de encuentro, de asamblea, de decisión, donde la gente tomaba las riendas de su propia vida, se reconocía con el otro y reivindicaba lo que era suyo, es decir, todo. La propiedad privada y el orden público, desaparecieron sin dejar rastro dejando al pueblo solo con sus propios dilemas, sus propias dudas y con una clara intención de reivindicar la ciudad como espacio de la gente y de la vida y no como espacio de consumo y control.

Convertir la agresión en pelea

Los procesos relativamente recientes de transformación económica y política en la ciudad occidental han venido acompañados de un profundo cambio cultural, así como en las formas de vivir y construir la ciudad. Diversas patologías como la creciente agorafobia urbana, la tendencia a la autoreclusión y la segregación o la privatización de los espacios públicos, son expresión espacial de estas transformaciones acaecidas a nivel estructural.

Durante las últimas décadas hemos presenciado un ataque feroz del neoliberalismo que parecía haberse saldado con la hegemonía total de esta ideología. Un ataque que ha encontrado entre otros escenarios el hecho urbano, su diseño y su uso. Un ataque contra un tipo de concepción de lo público, de la ciudad y de la ciudadanía, pero también, y no conviene olvidarlo, contra los grupos más vulnerables, contra las clases bajas, que son las que más dependen de lo público y las que menos capacidad tienen para hacer valer su derecho como consumidores. Una agresión de clase fundamentada en una redistribución regresiva de los recursos y dirigida por las élites económicas globales.

Ante esta agresión, hasta ahora, se habían desarrollado resistencias particulares, resistencias que han adoptado formas propositivas en la creación de nuevos espacios comunes que han

procurado mostrar lo que podría ser un espacio urbano desarrollado en torno a otras bases, oponiendo al individualismo, la mercantilización y el consumismo, un determinado concepto de comunitarismo, la cooperación y la autogestión. Si el espacio mercantilizado homogeneiza y fragmenta, dando lugar al conflicto entre generaciones, etnias y usos, el nuevo espacio común debería ser una fuerza que empujara en el sentido contrario, atrayendo la heterogeneidad y luchando por compatibilizar usos y por permitir la convivencia de grupos diversos.

Sin embargo, el gran reto era y es convertir la agresión en una pelea, responder y luchar en el campo de batalla que es la construcción de la ciudad. En cierta medida, con su timidez, con su caos interno, el movimiento del 15M ha sido una respuesta a esta necesidad y el nuevo reto ahora es hacer que pase de ser algo localizado y efímero a una forma de lucha estable y generalizada por el futuro de la sociedad urbana. La toma de la plaza y la lucha por conservar la misma, que se está desarrollando en la actualidad, es una lucha por un espacio simbólico y de representación que expresa el carácter contrahegemónico del movimiento y su aspiración a combatir la tiranía del egoísmo, el individualismo y la fetichización.

Bibliografía

- Christopherson, Susan. 2000. "The Fortress City: Privatized Spaces, Consumer Citizenship." En *Post-fordism. A Reader*, editado por Ash Amin. Oxford: Blackwell.
- Davis, Mike. 2001. *Control Urbano: la Ecología del Miedo*. Barcelona: Virus.
- Davis, Mike. 2003. *Ciudad de Cuarzo. Arqueología del Futuro en Los Ángeles*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Díaz, Ibán. 2009. "Procesos de Gentrificación en Sevilla en la Coyuntura Reciente. Análisis Comparado de Tres Sectores Históricos." *Scripta Nova* XIII, 304.
- Díaz, Ibán. 2010b. *Sevilla, Cuestión de Clase. Una Geografía Social de la Ciudad*. Sevilla: Atrapasueños Editorial.
- Díaz, Ibán. 2010a. "De Periferia Obrera a Espacio Central. Desarrollo Urbano y Promoción Social del Sector Santa Justa de Sevilla." *Espacio y Tiempo: Revista de Ciencias Humanas* 24: 115-130.
- Featherstone, Mike. 2000. "City cultures and Post-modern Lifestyles." En *Post-fordism. A Reader*, editado por Ash Amin. Oxford: Blackwell.
- Fernández Salinas, Víctor et al. 2011. *El Distrito Macarena de Sevilla*. Sevilla: Dirección General de Coordinación de Políticas Migratorias.
- Harvey, David. 2007. *Breve Historia del Neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, David. 2004. *La Condición de la Postmodernidad*. Buenos Aires: Amorroutu.
- Lefebvre, Henri. 1973. *El Derecho a la Ciudad*. Barcelona: Península.
- Lipietz, Alain. 1986. "Behind the Crisis: the Exhaustion of a Regime of Accumulation. A 'regulation School Perspective on Some French Empirical Works.'" *Review of Radical Political Economy*, Vol. 18.
- Marcuse, Herbert. 1971. *La Agresividad en la Sociedad Industrial Avanzada*. Madrid: Alianza Editorial.